

# REVISTA DE ESTUDIOS DE LA VIDA LOCAL

Depósito legal, M. 1.582 - 1958.

AÑO XXVIII

JULIO-AGOSTO-SEPTIEM. 1969

NUM. 163

## I. SECCION DOCTRINAL

### La Revolución urbana

711: 301

por

**ANTONIO CARRO MARTINEZ**

Director del Instituto de Estudios de Administración Local

**SUMARIO:** I. LAS FORMAS URBANAS.—II. LA PRIMERA REVOLUCION URBANA.—III. LA REVOLUCION LIBERAL Y LA REVOLUCION INDUSTRIAL.—IV. EL SOCIALISMO.—V. EL HIGIENISMO.—VI. EL URBANISMO.—VII. LA REVOLUCION URBANA.—VIII. LA PERDURABILIDAD DE LAS CIUDADES.—IX. CONCLUSION.

#### I. LAS FORMAS URBANAS

Las formas de convivencia urbana, la ciudad y la vida urbana, es algo que existe desde los mismos orígenes de la civilización. Este hecho clásico se ha venido reafirmando con su evolución y desarrollo desde entonces hasta nuestros días. La ciudad es un hecho perdurable. La ciudad es una realidad tangible y trascendente.

Desde que el hombre se hizo sedentario y fundó la ciudad, toda la teoría del conocimiento podría reducirse fácilmente a la teoría de la ciudad. Muy lejos podríamos caminar por esta vía.

La ciencia de la política significa etimológicamente la teoría de la *polis* o de la ciudad y, efectivamente, el libro de ARISTÓTE-

LES *Política*, es una acabada teoría de la convivencia ciudadana con un alcance mucho más amplio de lo que hoy comúnmente solemos entender por política.

Pero es que también la teoría de la ciudad ha servido para hacer la mejor teología en SAN AGUSTÍN, mediante la discriminación entre la ciudad celestial o eterna y la ciudad terrenal o diabólica.

También se ha hecho utopía mediante la teoría de la ciudad. Es el caso de Tomás MORO. Es también el caso más actual de *Daedalus* o la metrópoli del futuro. No debe dejar de darse importancia a la literatura de utopía que, aunque pintoresca, llega a señalar con detalle la forma de organizar las colectividades humanas, y sobre todo el hombre del siglo XX tiene la ventaja sobre sus antepasados de vivir una época de crisis, y por tanto espera los cambios y sus predicciones están más cerca de la profecía que los de toda generación precedente.

Asimismo la teoría de la ciudad sirve de base a la historia y a la cultura de la Humanidad. Buen ejemplo de ello es la obra de FUSTEL DE COULANGES sobre *La ciudad antigua*. MUMFORD hace también historia y cultura, pero con mayor sentido de la actualidad introduce además la idea de economía, plan y ordenación del espacio, abriendo paso a las concepciones urbanas del presente.

Pero descendamos del mundo de las esencias y centrémonos en la realidad vital del Urbanismo actual. Algo ha ocurrido en nuestro tiempo que justifica y legitima la afirmación de que se está produciendo una revolución urbana o urbanística. Hasta hace poco el Urbanismo era un problema mucho más formal que material; más estético que vital; era mucho más un problema de formas que de esencias. El urbanista estudiaba mucho más el arte y la buena presencia y disposición de las casas y las calles, que la realidad social que da contenido sociológico a la ciudad.

El urbanista era tradicionalmente un artista. En su sentido clásico, el urbanista ha sido casi siempre un arquitecto que tradicionalmente reducía el problema de la ciudad a una cuestión de formas geométricas. Las ciudades han tenido siempre una

forma geométrica más o menos definida; ha habido ciudades de forma circular, de forma cuadrangular o poligonal.

Los planos de las ciudades clásicas que conocemos tienen esta u otra forma geométrica, respondiendo siempre a una concepción artística determinada. Calles en línea recta y en ángulo recto o en diagonal, siguen siendo la característica predominante en el arte urbano del neoclasicismo dieciochesco, como lo acredita la ciudad de Washington, creada con gran sentido estético por el francés Pierre L'ENFANT. Todo lo más pueden existir diferencias ornamentales, según predomine más o menos el barroquismo.

## II. LA PRIMERA REVOLUCION URBANA

La cuestión es que, en la actualidad, el Urbanismo ha pasado a ser un problema mucho más sociológico que artístico. Más ontológico que estético. Las agrupaciones sedentarias de personas aparecieron inicialmente no por el gusto de una forma de vida más bella, sino por la imperiosa necesidad de defenderse en común; en palabras de HAURIUO, la ciudad nace por el deseo del hombre de no tener que andar siempre con las armas en la mano. Desde entonces las causas y motivos del desarrollo urbano se han ido modulando de conformidad con las exigencias de cada época histórica. Singular ejemplo es el caso de la *polis* griega, en que los templos y monumentos no están en el eje de la ciudad, sino más bien en los ángulos, lo que traduce la idea del pluralismo original existente entre los helenos. Además Atenas magnifica lo que BARDET denomina el *Synoecismo*; esto es, la federación de pequeños grupos autónomos en torno a su Acrópolis.

Nada resultaría más grato ni atractivo que hacer una historia de la civilización a través del estudio de las ciudades en sus esencias y en sus más expresivas motivaciones de convivencia urbana. Pero este recreo del espíritu culturalista nos impediría plantear el tema central y verdaderamente actual de la Revolución urbana.

La Revolución urbana es un fenómeno contemporáneo. Su entronque histórico se encuentra en el Medioevo. Al menos en el mundo occidental hay un recuerdo oscuro, decadente y crítico desde el apogeo de la Roma de los Césares hasta el siglo XII en que se produce la primera revolución ciudadana.

En Europa, casi todas las ciudades actuales tienen su origen en esta revolución ciudadana del Medioevo. El fenómeno es fundamentalmente social y económico. La ciudad abre brecha en la estructura feudal y en la economía cerrada y rural clásica. El artesanado y el comercio introducen nuevas formas de vida y de desarrollo económico. Los gremios y las cofradías permiten la convivencia en las nuevas ciudades que proliferan por doquier. Aquellas ciudades dan nacimiento al ciudadano frente al paisano; al burgués frente al campesino; a los primeros hombres libres frente a la nobleza y a la servidumbre rural.

En aquel mundo lleno de espiritualidad y de fe, el centro integrador de la ciudad se hallaba en la iglesia o catedral, en cuya construcción y adorno se empleaban los materiales más nobles y los esfuerzos más generosos de todas las generaciones de la época. Las catedrales aún perduran; han podido sobrevivir a los siglos, a la guerra y a los bombardeos; según MUMFORD, son las construcciones que, por su duración, han resultado más económicas en toda la historia de la Humanidad. Del centro catedralicio partían los asentamientos de las comunidades de cofradías, gremios de artesanos y familias ciudadanas, cuyos edificios, generalmente modestos y de materiales perecederos, daban a la ciudad un carácter espontáneo y cambiante de generación en generación.

Paralelamente, y en un segundo plano respecto a la catedral, surgió en el Medioevo más avanzado otro centro integrador de la ciudad. Fueron las Casas Consistoriales o edificios municipales, de los que tantos ejemplos nobilísimos quedan aún en Europa; en ellos se ejercía el gobierno temporal de la ciudad con gran autonomía, pues aún no había hecho su aparición el Estado moderno y soberano con su ciudad absorbente y centralizadora.

La nobleza y el clero regular con sus enormes poderes seño-

riales y feudales, eran anteriores a la revolución ciudadana del Medioevo. Originariamente, ni la nobleza, ni el clero regular tuvieron vocación ciudadana. Pero andando el tiempo, las ciudades florecientes prestigiaron a la burguesía (burgueses o ciudadanos) y atrajeron a la nobleza.

El atractivo ciudadano, unido a la primacía soberana del Rey en el Renacimiento, hizo que la nobleza abandonase sus castillos feudales y rurales y se incorporase plenamente a la ciudad. En este momento cambia la sociología urbana que se estratifica en unos niveles de diferencias muy acusados. Además de la catedral, además del edificio municipal, aparecen en la ciudad los palacios de los nobles y de la gran burguesía. La sociología urbana pasa a ser, en términos de Marcel PÖETE, un problema de élite, un problema aristocrático. Al servicio de la aristocracia urbana está el gran número de servidores, artesanos y menestrales que viven desordenadamente en edificaciones simples y rudimentarias, que en nuestra concepción urbanística actual merecerían el nombre de tugurios.

Por su especialidad, merecen mención aparte las ciudades nuevas surgidas en la Edad Moderna, planificadas con espíritu colonizador. Son los precedentes de las ciudades contemporáneas. En este sentido es de destacar la obra de creación de ciudades españolas en América y las normas que las Leyes de Indias contienen al respecto.

Al comenzar la Edad Contemporánea las ciudades no habían cambiado demasiado su fisonomía en relación con el Medioevo y no existían en Europa muchas más ciudades que las que habían sido fundadas en el Renacimiento ciudadano medieval.

### III. LA REVOLUCION LIBERAL Y LA REVOLUCION INDUSTRIAL

Dos hechos trascendentes se producen entonces. Por una parte, la Revolución francesa, con toda su carga ideológica, y por otra, la Revolución industrial, con todas sus novedades técnicas. Ambas revoluciones están íntimamente relacionadas en-

tre sí con el mundo de las ideas de la filosofía del siglo de las luces. Importa resaltar a la Revolución francesa como símbolo del triunfo de una nueva mentalidad y una nueva ideología que sin duda iba a permitir la producción inmediata de la Revolución industrial.

Aunque íntimamente ligadas ambas revoluciones, producen efectos totalmente dispares en cuanto al desarrollo de la ciudad.

La Revolución francesa es un resultado del racionalismo filosófico y en definitiva del liberalismo ideológico. El racionalismo y el liberalismo abren una fase histórica de la cultura europea cuya filosofía social entiende que la perfección en la convivencia se producirá en cuanto se deje libre curso a la libertad individual; que la armonía en la convivencia se producirá mediante la conjugación espontánea del sinfín de libertades individuales. Los poderes públicos fueron objeto de una drástica reducción en cuanto se estimó que entre el poder y la libertad existe una relación inversa y que a mayor libertad debe existir menor poder. La consecuencia inmediata para la ciudad fue que los planes, volúmenes y combinaciones geométricas, si en algún momento existieron, quedaron olvidados, y el Urbanismo se redujo a la libre iniciativa de la autonomía individual que todo lo más se dejaba asesorar por algún arquitecto. Este individualismo y toda esta iniciativa particular unido al dogma liberal y burgués de la propiedad, produjeron, como afirma MUMFORD, «un siglo de construcción equivocada, de deformación, de disociación y de desorganización, que aún subsisten».

No pensaron aquellos liberales, que tenían por norte principal de su conducta a la Diosa Razón, que la ciudad y la convivencia urbana no podía montarse ni crecer en forma de aluvión, sino que precisamente en este punto es donde más necesaria era la razón.

Razón mucho más necesaria si se tiene en cuenta el tremendo choque producido en la vida de la ciudad por la Revolución industrial. Las libres ideas aplicadas a la técnica posibilitaron un desarrollo industrial sin precedentes y bajo cuyo impacto aún estamos viviendo hoy en día. Lo más importante desde el punto de vista urbano y ciudadano era que las industrias no eran pen-

sables entonces en el medio rural. Las industrias se concentraron en las ciudades. Y las ciudades sufrieron una crisis de crecimiento fabuloso. El hombre del medio rural, que seguía viviendo en gran medida bajo formas serviles y feudales, atisba una posibilidad de independencia y de mejora en la incipiente era industrial; por ello emigra fácilmente a la ciudad y las ciudades crecen prodigiosamente. Precisamente en este momento que más necesaria era la programación del crecimiento de las ciudades existentes y el planeamiento de las nuevas ciudades *industriales que surgieron, es cuando la espontaneidad liberal hace surgir las ciudades más espantosas.*

Inglaterra es la cuna de la Revolución industrial y Carlos DICKENS narra en forma novelesca y escalofriante la miseria de los *ghettos* obreros. Pero las industrias habían comenzado una carrera de desarrollo vertiginoso, en cuya carrera quedarían implicadas también las ciudades. AUZELLE afirma que el crecimiento urbano del siglo XIX produjo ciudades sin ningún estímulo espiritual para el hombre; por el contrario, la ciudad fatiga al hombre, le cansa, le anemia, le esclerosa, ya que no le mata simple y puramente, ya sea por lenta infección en sus insanos inmuebles o por accidente en las calles abarrotadas.

#### IV. EL SOCIALISMO

En el mismo siglo XIX son muchos los esfuerzos que intentan poner remedio a esta situación creada por la Revolución industrial, por una parte, y por el ~~dem~~liberalismo, por otra. Destacaré tres tendencias heterogéneas pero que, en definitiva, tienen el denominador común de intentar lograr una ciudad más homogénea, más sana y más humana. Estas tres tendencias son el socialismo, el higienismo y el urbanismo.

En política hay que acudir al socialismo para poner de manifiesto las primeras preocupaciones urbanísticas del mundo contemporáneo. Ciertamente es que excepcionalmente cabe citar algunas mentes clarividentes como NAPOLEÓN I y sobre todo NAPOLEÓN III y su brazo ejecutor HAUSSMAN que precisamente porque no eran liberales, con la espada en la mano, producen una polí-

tica urbanística positiva. Quizá con la idea de la grandiosidad y del embellecimiento, pero también con la idea del saneamiento y de una sincera voluntad de mejoramiento social. Pero quien realmente plantea el problema de las reivindicaciones de las nuevas clases ciudadanas que eran a la vez las clases obreras e industriales son las doctrinas colectivistas de SAINT-SIMÓN, FOURIER, LEBLOND, VALADIER y A. COMPTE.

La ciudad industrial crece deshumanizadamente sin ningún valor estético ni espiritual y en conjunto se aparece como un mal muy especialmente para la clase obrera. Ya en 1816 Roberto OWEN señala «la atención que se presta a la máquina muerta y la falta de cuidados por la máquina viviente», es decir, por el hombre. Las nuevas clases ciudadanas y obreras pronto se dan cuenta de que las viviendas sanas y accesibles no eran un producto natural de la economía liberal. Resulta sintomático que Carlos MARX afirmase que «acabar con el antagonismo entre la ciudad y el campo es una de las primeras condiciones para la colectivización», y muy especialmente ENGELS, con una visión más concreta del problema británico, denuncia la miseria del proletariado urbano en las ciudades industriales inglesas.

En definitiva, el socialismo mantiene en sus orígenes una voz de protesta frente a las condiciones de vida miserable que ofrecía la ciudad a las nuevas clases urbanas que eran precisamente las obreras industriales. Más adelante el socialismo dará también soluciones mediante unas técnicas de política intervencionista en el planeamiento, que hoy en día son unánimemente aceptadas también por todas las potencias del mundo occidental. Ahora bien, este hecho nos obliga no obstante a insistir que en el socialismo se encuentra el origen de las preocupaciones urbanísticas contemporáneas, y que Alexander von SENGER llegó a llamar a LE CORBUSIER «bolchevique camuflado».

Caso curioso vivido por mí es el de Brasilia, capital edificada bajo la dirección de NIEMEYER, discípulo de LE CORBUSIER. Pues bien, allí está todo de tal forma ordenado y planificado, que el individuo y la familia apenas si tienen la más mínima facultad de opción en su convivencia social. Brasilia es un caso de introducción del socialismo a través del Urbanismo



en un Estado no socialista. Quizá quienes deseamos mantener viva aún cierta capacidad de emoción nos sintamos sobrecogidos ante tales realizaciones urbanas, pero entre la convivencia liberal y caótica de Río de Janeiro y la convivencia totalmente planificada de Brasilia existen términos que toda política sana puede y debe afrontar.

## V. EL HIGIENISMO

Decíamos que también los sanitarios e higienistas habían hecho su aportación a una más adecuada ordenación de la vida en las ciudades del siglo XIX. El liberalismo predominante no podía actuar positivamente salvo que se viera impulsado por ideas filantrópicas y humanitarias. Prácticamente el único catalizador que tuvo el mundo liberal para ordenar la vida de las ciudades fue precisamente la medicina y la sanidad, con el fin concreto de evitar las terribles plagas y pestes que amenazaban a las insalubres ciudades. Las ideas sobre ciudades modelos que proliferan en el siglo XIX tienen en su base una preocupación higiénica, cual es el caso de James SILK BUCKINGHAM con su ciudad tipo de Vitoria (1849), fundada en la cooperación del trabajo, del saber y del capital. También el doctor RICHARDSON idea la ciudad modelo de Hygia, basada en una mejor higiene para la reducción de la tasa de morbilidad y mortalidad.

La primera norma urbanística inglesa es una Ley de saneamiento; ésta es la *Public Health Act* de 1848. El mismo sentido sanitario tiene la Ley española de 18 de marzo de 1895 de saneamiento y reforma interior de las poblaciones de más de 30.000 habitantes. Muchas otras normas urbanísticas importantes basadas en el saneamiento existieron en España, como el Reglamento de Higiene pública de 1910, las Instrucciones técnico-sanitarias de 1923 para pequeños Municipios (verdadero tratado urbanístico sobre aguas y alcantarillado). Incluso el Reglamento de Obras, Bienes y Servicios municipales de 14 de julio de 1924, consagra la perspectiva sanitaria del Urbanismo español al crear como órganos asesores del Ministerio de la Gobernación en materia de Urbanismo, a la Comisión Central de Sa-

nidad Local y a las Comisiones provinciales de Sanidad Local, que sustituyen a la Real Academia de San Fernando de Bellas Artes, que hasta aquel momento era el organismo urbanístico asesor reconocido por la Ley de Ensanche de Madrid y Barcelona de 26 de julio de 1892.

Aún hoy en día las mayores funciones legales de los Municipios son las higiénico-sanitarias. Los Municipios deben proporcionar agua potable al vecindario, sin la cual la vida no es posible; pero también han de procurar la eliminación higiénica de las aguas usadas mediante una red costosa de alcantarillado y estaciones depuradoras de excrementos. Los Municipios deben mantener limpias las calles y destruir o dar tratamiento técnico-sanitario a los residuos y basuras. Los Municipios han de construir piscinas y baños públicos y mantener servicios de desinfección y desinsectación. Los Municipios deben establecer casas de socorro y botiquines de urgencia, y prever la asistencia médico-farmacéutica a familias desvalidas. Por preocupaciones especialmente de carácter técnico-sanitario, los Municipios vienen obligados a establecer mataderos y mercados. En fin, los Municipios en el Derecho español están obligados a fomentar la vivienda higiénica.

Es decir, que toda la legislación local, municipal o de la ciudad en España, está inspirada fundamentalmente en criterios higiénicos y sanitarios, que hoy en día mantienen su importancia, pero que ya no deben constituir el único motivo o norte de nuestra preocupación ciudadana.

Sin embargo, apenas habíamos superado esta fase higienista cuando inevitablemente volvemos a caer en ella como consecuencia de los nuevos problemas que plantea la convivencia masiva del hombre en las grandes ciudades contemporáneas. Los problemas de polución atmosférica y saneamiento ambiental, ruidos y otras molestias para la salud, han originado la creación de nuevas ordenanzas y organismos higienistas, como ocurre en España con la Comisión Central de Saneamiento, de novísima creación.

## VI. EL URBANISMO

Decíamos también que el Urbanismo era la tercera idea que como culminación del socialismo y del higienismo había abierto una vía de ordenación al nacimiento y crecimiento desordenado de las ciudades en el siglo XIX. La palabra «urbanismo» se acuña oficialmente en el célebre Congreso de Londres de 1910 que reunió a los grandes pioneros del Urbanismo (STÜBBEN, GEDDES, BONNIER, HENARD, HOWARD, URWIN). La obra más clásica del Urbanismo es quizá el *Garden city of to morrow*, de E. HOWARD, que no era arquitecto, sino taquígrafo. Sus ideas fueron materializadas por Raymond URWIN con la notable ciudad jardín de Letchworth (1907).

Toda Inglaterra vive aún hoy día la herencia de aquellas ideas urbanísticas originales y que consisten fundamentalmente en tres principios:

1.º La eliminación de la especulación del suelo mediante la figura del censo enfiteúutico, que hace revertir la plus valía en favor de la comunidad.

2.º El control del crecimiento de la población, a fin de llegar a núcleos de ciudades ajardinadas de hasta 30.000 habitantes.

3.º El mantenimiento en la ciudad de un equilibrado funcionamiento entre el campo, la residencia, la industria, el comercio y las funciones políticas, sociales y recreativas.

Quizá faltara en aquel entonces cierta visión clara de la función territorial del Urbanismo a pesar de las ideas del biólogo escocés GEDDES (discípulo suyo fue MUMFORD en Estados Unidos). De todas formas, el Urbanismo surge como una nueva ciencia aplicada para la necesaria ordenación de la urbe o ciudad.

BARDET considera el Urbanismo como una verdadera filosofía. Su desarrollo es asombroso en muy diversas direcciones. Hay urbanismo culturalista, urbanismo naturalista, urbanismo técnico, urbanismo económico, urbanismo sociológico, planeamiento urbanístico, etc.

Lo importante es resaltar que el Urbanismo, que comenzó siendo una técnica aplicada, ha pasado a ser en la actualidad una ciencia de un contenido riquísimo, como ricas son también las

posibilidades de las ciudades y de la vida urbana en los momentos que estamos viviendo.

MAYER-HEINE afirma que hay ciencias que se enseñan y ciencias que se viven. Pues bien, la ciencia del Urbanismo, al igual que la de la Política, es de estas últimas. De ahí que pueda haber buenos profesores de Política y magníficas constituciones políticas y, sin embargo, la política real y vivida en concreto puede ser mala. Pues igual ocurre en el Urbanismo, ya que un país puede tener buenos teóricos urbanísticos y puede tener incluso vigentes buenas leyes de Urbanismo y, sin embargo, no haber conseguido unas realizaciones urbanas logradas que consigan la felicidad del hombre.

Esto obliga a comprender la íntima relación que hay entre Política y Urbanismo: los fines de una y otra ciencia son iguales, ya que el fin de toda buena política es lograr el bien común de los ciudadanos; y no otra cosa puede predicarse del Urbanismo. Ahora bien, en la jerarquía de los valores la Política está antes que el Urbanismo, de ahí que toda convivencia urbana penda en última instancia de la política de cada país.

Por de pronto todo Urbanismo exige una decisión política importante; es decir, la aprobación de un plan.

Pero conviene no olvidar que el marco concreto del bienestar en la convivencia social es la urbe o la ciudad. Y la ciudad ha de tener su propia política urbanística que debe llevarse a efecto a través de su Ayuntamiento respectivo, de manera que la convivencia urbana exija una acción política de principio a nivel estatal, pero también una acción urbanística concreta a nivel municipal. En este punto los Ayuntamientos, cualquiera que sea la ideología de sus dirigentes—aunque se llamen liberales o conservadores—, tienen que tener una preocupación fundamental que me atrevería a llamar social, pues la dirección del Urbanismo no puede hacerse bajo otros principios que no sean los estrictamente sociales y no liberales. Un Ayuntamiento que no hiciera esto sería suicida, sería lo mismo que negarse a sí mismo.

La ordenación política de las ciudades exige que el aprovechamiento del territorio no sea ya abandonado a criterios pura-

mente espontáneos o históricos. Por el contrario, debe ser hecha teniendo en cuenta estas tres coordenadas básicas: lo físico o geográfico, es decir, los datos ambientales que la naturaleza proporciona; los recursos de carácter económico localizados en cada espacio geográfico; y las necesidades sociales—actuales y futuras—a que el planeamiento ha de dar la respuesta adecuada.

Tanta importancia tiene el problema, que no hace mucho ha podido decir el General DE GAULLE que mediante esta ordenación reflexiva de los asentamientos humanos ha de conseguirse, nada más y nada menos, *remodeler la France*.

Esta es en toda su inmensidad la ardua tarea que tiene frente a sí la política urbanística de nuestros días: remodelar, dar moldes nuevos a los asentamientos urbanos en un marco geográfico determinado.

Situándose en un plano nacional, la política urbanística actual ha de realizar un análisis crítico de la distribución de la población sobre el propio territorio; y no puede conformarse con comprobar si ésta es o no una distribución racional, sino que ha de planificar a largo alcance los movimientos migratorios, recurrir a los precisos medios de promoción y prever de este modo unos asentamientos aptos para la consecución del bienestar social. De lo contrario el proceso hacia ese bienestar social resultará frenado en seco y la dialéctica de la situación no auguraría precisamente un feliz final. A continuación habría que hacer lo mismo, más pormenorizado, en las diversas porciones en que pueda dividirse el territorio nacional. Ya se trate de regiones, de comarcas metropolitanas o de ciudades.

Como puede observarse, las exigencias de la ciudad y el Urbanismo obligan a adoptar posición frente a varios valores fundamentales que constituyen verdaderas raíces de nuestra cultura. Frente a la libertad postula la limitación. Frente al asentamiento humano, como producto de la espontaneidad y de la historia, postula el movimiento reflexivo y planificado. Frente a la historia como acto de creación libre, la historia como producto de una creación racional, previamente dispuesta. Y frente a la idea de propiedad, establece el principio rector de la mejor uti-

lización del suelo en aras del bienestar general, relegando a un segundo plano el interés económico del propietario.

Por otra parte, estas ideas están adquiriendo valor universal. La Declaración de Derechos humanos reconoce al individuo y a la familia los medios indispensables a su bienestar; garantiza a todos y especialmente a los viejos la salud, la seguridad material, el reposo y el recreo. No hay constitución política, ya sea de país de más acá o de más allá del telón de acero, ni Gobierno actualmente en el poder, que no contenga estos mismos principios en su programa. Concretamente en España el Fuero del Trabajo y el Fuero de los Españoles contienen principios análogos. Si el Estado contemporáneo hiciese dejación en este terreno del Urbanismo, el problema podría tomar la proporción de una gran dimisión nacional. El Estado contemporáneo ha de procurar una intervención organizadora y ordenadora. En definitiva, debe crear una política de Urbanismo.

A través de una adecuada política urbanística el hombre terminará sintiéndose más seguro, con mayor bienestar y con más libertad. Ciertamente que el Urbanismo tiene los inconvenientes ya apuntados de la polución del aire, de las aguas, de los ruidos, de la fatiga emocional y de las distancias y la circulación. Pero estos inconvenientes serán tanto más graves cuanto menos preocupación haya habido en los poderes públicos por encauzarlos y solucionarlos. Precisamente ha dicho Gabriel MARCEL que los poderes públicos han de tener cuidado de que la ciudad no se vaya pareciendo cada vez más a un campo de concentración.

## VII. LA REVOLUCION URBANA

SPENGLER, con criterio puramente liberal, llegaba a la conclusión inadmisible que la ciudad acabará «aniquilándose a sí misma». Pero lo que sí es cierto y puso claramente de manifiesto la Declaración de DELOS hecha en 1963 es que «la ciudad está metida en la más profunda y amplia revolución que haya sorprendido a la Humanidad». Es una crisis de crecimiento y de desarrollo. Las ciudades crecen como hongos y se extienden como

manchas de aceite, a ojos vista, en una crisis de crecimiento no imaginable en otras épocas.

En este proceso de crecimiento las ciudades pueden crear y ampliar las posibilidades de convivencia humana; pero también pueden frenarlas o frustrarlas. Yo me inclino más bien por el sentido optimista de la vida futura de las ciudades. Que la ciudad va a jugar un papel fundamental en el desarrollo de nuestra sociedad superindustrial y consumidora. Que las ciudades perdurarán, si bien aumentando en número e importancia.

Este problema preocupa en la actualidad a la opinión pública. Es un tema para la gran masa de ciudadanos, como lo demuestra el hecho de que no hay periódico o semanario que al lado de otras noticias más o menos sensacionalistas no contenga secciones especializadas dedicadas al Urbanismo y a la ciudad. Es que los problemas de la ciudad y de la convivencia urbana son sensacionales y sensacionalistas. Como afirma MAYER-HEINE, «el urbanismo se vende bien»; la ciudad es en la actualidad un producto de las masas y para las masas.

Antes de que las ciudades fueran consideradas como una materia del dominio de los periodistas y de la prensa periódica, solían ser sólo los arquitectos quienes se dedicaban al cultivo de su problemática. Posteriormente, cuando uno de los principales problemas de la convivencia urbana fue el de las comunicaciones y los problemas de vialidad, entraron en competencia los ingenieros que junto con los arquitectos monopolizaron durante mucho tiempo esta materia. Pero los problemas de convivencia urbana han requerido la intervención de la Política y de la Administración para tomar decisiones inexcusables en esta materia. Además hace también falta la intervención del geógrafo para resolver el problema de la ordenación del espacio a las necesidades humanas (RATZEL creó la geografía humana, que hoy los franceses la concretan en lo que han dado en llamar *l'aménagement de l'espace*); del sociólogo en cuanto se trata de problemas de convivencia cada vez más complicada; del economista en cuanto que las principales inversiones del mundo contemporáneo vienen determinadas por los problemas de convivencia urbana; del estadístico en cuanto ofrece el instru-

mento de trabajo indispensable para digerir los datos masivos, e interpretar a los grandes números que produce la convivencia urbana en el mundo contemporáneo.

En conclusión, los problemas de la ciudad sólo pueden plantearse en la hora actual en toda su polifacética magnitud y con un sentido de crecimiento dinámico que insisto en considerar revolucionario.

Algunos datos nos darán idea de la magnitud del problema.

Desde que la técnica hizo posible la convivencia urbana en grandes ciudades, estamos asistiendo a un crecimiento prodigioso de la población. El geógrafo VIDAL DE LA BLACHE y el economista W. SOMBART han señalado que durante doce siglos (del siglo VI al año 1800) la población de Europa no ha llegado a sobrepasar los 180 millones de habitantes, y esto viene a ser alrededor de la quinta parte de la población del mundo, que en el año 1800 no había alcanzado los 1.000 millones de habitantes.

La población mundial sigue en estado estacionario durante todo el siglo XIX, salvo en Europa y América en que la Revolución industrial permite multiplicar varias veces su población, de manera que los 1.500 millones de habitantes del Globo en el año 1900 se habían producido por incrementos en las zonas urbanas del Occidente de Europa y de América.

Pero el notable progreso de la población del siglo XIX es parco en relación con las cifras del siglo XX. En los primeros treinta años del siglo XX creció la población tanto como en todo el siglo XIX, pasando a 2.000 millones de habitantes. En la actualidad somos 3.000 millones de habitantes. Pero en el año 2000 se prevén 6.000 millones de habitantes. De proseguir este proceso de crecimiento geométrico de la población, en setecientos años cada persona no tendrá más espacio vital que un metro cuadrado de superficie del globo terráqueo (incluyendo tierra, océanos y polos).

El panorama produce verdadera congoja, sobre todo si se tiene en cuenta que la densidad normal de una ciudad contemporánea viene a ser aproximadamente de unos 80 a 100 metros cuadrados por habitante y que, además, disponemos de zonas ru-



rales inmensas, sin contar con los desiertos y selvas que son espacios libres aún para futuros asentamientos humanos.

Otros datos podemos aducir. Por ejemplo, es escalofriante saber que de todos los teólogos, científicos y artistas que existen y han existido en la historia de la Humanidad (desde CONFUCIO, pasando por ARISTÓTELES, LEONARDO y TOYNBEE), el 95 por 100 son hombres vivos. Es decir, que la historia de la Humanidad no es, desde el punto de vista de número, nada, absolutamente nada, en relación con el legado que a la posteridad dejará nuestra generación.

De aquí a fin de siglo está comprobado que construiremos más casas que todas las que se han construido desde el año 6000 antes de Jesucristo hasta nuestros días.

En fin, en nuestra generación se ha producido la eclosión de las masas. Las personas y los grupos humanos son arrollados por las multitudes. La nueva convivencia urbana no se produce a escala humana, sino a escala de multitud. Por doquier aparecen aglomeraciones monstruosas al servicio de la masa humana, de la industria mastodonteica y de los medios mecánicos de transporte.

La sensación que produce esta eclosión masiva es la de la plenitud. Todo está pleno; todo está lleno; nada es bastante; ni las ciudades, ni las carreteras, ni los edificios son suficientes para contener las multitudes desbordantes.

El siglo pasado WAKEFIELD exclamó: *no room no room in England*, porque Inglaterra fue sin duda de ningún género la pionera del fenómeno urbanístico que hoy en día estamos padeciendo (diría SPENGLER). Quizá con mayor optimismo podría afirmarse que en esta época del colosalismo aparece un nuevo problema que fue señalado con gran acierto por ORTEGA Y GASSET en la *Rebelión de las masas*, al afirmar que el problema del momento es «encontrar sitio», o sea acomodar las masas al espacio disponible.

Para resaltar estas grandes magnitudes que dan «conciencia de la importancia del fenómeno de la revolución urbana que estamos a punto de vivir», Pierre MASSÉ afirma que antes del año 1990 se habrán construido en Francia 10 millones de vivien-

das en las que vivirán 30 millones de franceses (la mitad de la población de Francia prevista en dicha fecha); las superficies urbanizadas se habrán doblado, y la población urbana habrá aumentado en más de la mitad. Por emplear una imagen (sin otro valor del de la imagen), afirma que una de cada tres ciudades que existan en Francia entre los años de 1985 a 1990 aún ni está ni siquiera en la imaginación de los franceses.

Algo parecido cabe afirmar respecto de España y piénsese que son previsiones de verdadera fábula para épocas no demasiado lejanas. Personalmente, me resulta difícil rendirme a esta evidencia de que mis ojos quizá puedan ver el nacimiento de polos, urbes y aglomeraciones humanas elefantiásicas, que hoy ignoro y no puedo prever por mucha imaginación que pongamos al servicio del futuro de nuestro país.

De todas formas, el proceso ha comenzado y apenas reparamos en él. Desde hace unos diez o quince años estamos asistiendo a un completo remodelamiento del paisaje; lo que hasta ahora no era perceptible apenas en el curso de varias generaciones, se hace patente cada día a nuestros ojos. Las ciudades han comenzado a extenderse cual mancha de aceite; las ciudades más grandes absorben a las más pequeñas; por todas partes surgen nuevas industrias, nuevos barrios y a veces ciudades totalmente nuevas. El caso de Hospitalet, con sus casi 300.000 habitantes surgidos en este *lapsus* de tiempo parece producto de la magia. En algunas zonas, como la Provincia de Guipúzcoa, está previsto que el suelo habitable se agotará dentro de muy pocos años.

Estamos, pues, en presencia de una gigantesca empresa de transformación del espacio, de remodelamiento de las actividades humanas, de sus posibilidades técnicas y, consiguientemente, de sus relaciones económicas y sociales.

Esta complejidad humana, social, técnica, geográfica, etcétera, puede traducirse en la siguiente fórmula: emigración más éxodo rural, más crecimiento demográfico, más sociedad de ocio y de consumo, dan por resultado la actual Revolución urbana que estamos viviendo.

MASSÉ señala cómo este fenómeno es mundial. En Europa la población se desborda y concentra en grandes áreas metropo-

litanas, ya viejas como la del Rhur, ya en plena evolución como las de Lille a Amsterdam, la de Milán a Turín, de Ginebra a Basilea y Zurich o la japonesa de Tokio a Osaka.

La tasa de urbanización ha alcanzado en Inglaterra el 90 por 100, el 70 por 100 en Alemania y el 50 por 100 en la URSS, que hace cincuenta años era un país totalmente ruralizado. Las ciudades se convierten en centros mastodonteicos y tentaculares, como París, Londres, Nueva York, Los Angeles, Tokio, Moscú, Dakar, Buenos Aires, Sao Paulo.

WEISSMANN afirma que en «veintiún años la cantidad de capitales con más de un millón de habitantes ha pasado de 30 en 1945 a más de 80 hoy». Y esto lo decía en 1967; ahora, posiblemente, las ciudades millonarias del mundo llegan ya al centenar.

También en el denominado Tercer mundo se ha producido la eclosión demográfica anunciadora de masivas concentraciones urbanas, que sólo la falta de empleo podrá frenar.

Especial mención debe hacerse de los Estados Unidos de Norteamérica, porque el desarrollo de la técnica y de la economía y de los estudios urbanos, le sitúan por delante del resto del mundo. Parece ser que la tasa de urbanización de los Estados Unidos es, al igual que Inglaterra, del 90 por 100, pero yo me atrevería a decir que en los Estados Unidos casi el cien por cien de su población vive un sistema de convivencia urbana, porque sus granjas y sus agricultores viven bajo formas urbanizadas. Lo que ocurre es que el exceso de urbanización produce en los Estados Unidos el efecto reversivo del retorno de la vida al campo pero con técnicas urbanas.

Caso curioso es el que GOTTMANN denomina la megalópolis norteamericana situada en el Noreste de los Estados Unidos entre Boston y Washington y entre el Atlántico y los Apalaches. Pues bien, en esta megalópolis, que se extiende en unos 125.000 kilómetros cuadrados (que es menos del 2 por 100 de la superficie de los Estados Unidos), se halla concentrado el 5 por 100 de la población agrícola de todo el país, el 20 por 100 de la población total, el 25 por 100 de la población industrial, el 40 por 100 de los depósitos bancarios y mucho más del 50 por

100 de todas las actividades de información, enseñanza superior y decisión económica y política.

Más concretamente, el área metropolitana de Nueva York, que según la *Regional Plan Association* cubre 6.900 millas cuadradas con 22 condados dentro de tres Estados, contaba en 1960 más de 16 millones de habitantes; pues bien, Benjamín CHINITZ asegura que hay pocas posibilidades de que la densidad de la región neoyorkina de 77.000 personas por milla cuadrada en Manhattan pueda ser jamás igualada. Sigue diciendo que «con el 9 por 100 de la población del país, la región proporciona el 40 por 100 de los empleos en el comercio de al por mayor de la Nación, más de un tercio de los empleos en las finanzas, cerca de la cuarta parte de las actividades de las profesiones liberales y de los empleos en las empresas de prestación de servicios y, por más sorprendente que esto parezca, cerca del 12 por 100 de los empleos en la industria».

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito, pero creo que los citados son lo suficientemente expresivos como para mostrar el interés de este fenómeno inevitable de la Revolución urbana en que estamos inmersos y que, cual una pelota de nieve, crece en magnitudes insospechables, y que no puede ser parada porque se trata de un fenómeno irreversible.

Aún me recuerdo cuando a principios del desarrollo español había destacamentos de la Guardia Civil en las estaciones de ferrocarril de Madrid y Barcelona con órdenes de devolver a sus lugares de procedencia a los emigrantes procedentes de las zonas rurales. Pero esto duró poco tiempo, porque era tratar de poner puertas al mar, y ningún país desarrollado o en trance de desarrollo puede hacer otra cosa más que aceptar el fenómeno y tratar de encauzarlo y regularlo, para que nuestras generaciones venideras puedan vivir en un clima feliz, dentro del ámbito urbano y masivo a que están abocados.

El eminente científico Julián HUXLEY observa que «el ritmo de transformación de los asuntos humanos en otro tiempo tan lento que apenas podía observarse, se ha acelerado, hasta que en nuestros días nos encontramos en la imposibilidad de medirlo por generaciones; transformaciones fundamentales se producen

en intervalos de pocos años e imponen al hombre varias readaptaciones radicales en el curso de la vida. ¿Dónde nos conducen estas transformaciones vertiginosas? ¿Acaso debemos confundir transformación y programa, como numerosos tecnócratas querían hacérselo creer? ¿Hay posibilidad de encontrar una dirección principal en la vida y en los asuntos de la Humanidad contemporánea? No, las transformaciones de hoy son tumultuosas, sus líneas de fuerzas divergentes y lo que es peor: varias entre ellas son callejones sin salida o se autodestruyen».

Prescindiendo del matiz más o menos pesimista de HUXLEY, lo cierto es que señala muy claramente el sentido de la Revolución urbana a que estamos asistiendo y que por lo menos califica de inquietante. Realmente HUXLEY prevé que esta Revolución pueda producir en los Estados Unidos la división del país en dos Naciones para finales de siglo, que no serán ni la rica ni la pobre, sino la de los trabajadores y la de los ociosos. La minoría trabajadora dispondrá de empleos seguros y de ingresos elevados. La mayoría ociosa no trabajará y vivirá del seguro de paro. En fin, la Revolución ciudadana tendrá que volver a reconsiderar las funciones del trabajo y de la economía en la sociedad contemporánea.

Desde luego el desarrollo económico facilitará los problemas de la ciudad del futuro, pero no los resolverá en absoluto, porque no serán problemas fundamentalmente económicos los que tengan dichas ciudades.

He aquí en grandes líneas lo que es la Revolución urbana que estamos viviendo. Es una verdadera Revolución, porque se trata de una manifestación, de un proceso tecnológico muy rápido. WEISSMANN afirma que «representa a la vez una promesa de abundancia y un desafío a nuestra facultad de adaptación a las nuevas tendencias y valores que nos ayudarían a dedicar nuestra enorme producción, recientemente adquirida, para la mejora de la condición humana en todo el mundo, y reparar el abismo que separa la prosperidad de una pequeña parte y la pobreza cada día mayor del resto del mundo». Es que la Revolución urbana en los países desarrollados presenta ciertos matices sociales que en los países subdesarrollados son fundamen-

talmente económicos, puesto que las aglomeraciones urbanas del tipo de Calcuta, por ejemplo, no es más que una acumulación implacable de gente y de pobreza.

De todas formas, es curioso constatar que existe una proporción directa entre la renta nacional y la tasa de urbanización. Los países más desarrollados económicamente son también los que tienen mayor tasa de urbanización. La vida en la ciudad constituye una esperanza de mejora y de progreso. Los países que más se desarrollan son los que más rápidamente viven la Revolución urbana. La Revolución urbana supone también una masiva reestructuración social en sentido igualatorio. Prácticamente estamos abocados a una futura sociedad sin clases por el progreso de las ciudades y no por consecuencia de la revolución marxista.

Es curioso observar la insignificancia que en el tiempo tiene la ciudad y el fenómeno de Revolución urbana que estamos viviendo. Paul SPREIREGEN nos sugiere que imaginemos que los 750 millones de años que tiene la tierra quedarán resumidos en uno solo, lo que supone que cada siglo equivaldría aproximadamente a cuatro segundos. Pues bien, en la primavera de este año condensado aparecerían las formas de vida más simples; en agosto, los mares y los peces; en octubre, los mamíferos, y el 31 de diciembre, a las once de la noche, aparecería el hombre de Neanderthal. Cinco minutos antes de medianoche, los egipcios, chinos, griegos y romanos. Dos minutos antes de medianoche, Jesucristo. A los doce menos treinta segundos se descubriría América. Durante los últimos siete segundos se produciría una vasta destrucción de bosques y una polución generalizada de los ríos; en el mundo no habría más que ciudades y desiertos y la especie humana se habrá multiplicado de tal forma que no habría más de dos acres de tierra laborable para cada ser humano.

La cita es curiosa, aunque SPREIREGEN lo haga para demostrar la degradación ecológica de la Humanidad. Yo traigo a colación esta cita para resaltar que la ciudad cuenta sólo con 200 generaciones, pero la ciudad es sin duda la creación social del

hombre más lograda y concentra las posibilidades más insospechadas en la evolución espiritual futura de las generaciones humanas.

### VIII. LA PERDURABILIDAD DE LAS CIUDADES

Dentro del cuadro de magnitudes en que nos movemos me interesa resaltar con visión de futuro que la actual Revolución ciudadana no puede producir de inmediato otro efecto que la perdurabilidad de las ciudades. Las ciudades deben perdurar. WEISSMANN afirma que «a través de los siglos las ciudades han sido el teatro del progreso económico y social, y en la sociedad industrial desarrollada son los factores de un crecimiento económico ininterrumpido y el marco ideal para el asentamiento de una población siempre creciente y productora que goza de los frutos de su trabajo. Por consiguiente, irán aumentando en número y en importancia».

Crecerán tanto las ciudades del futuro que absorberán prácticamente toda la vida rural. La escasa vida rural que exista en el siglo XXI estará tan urbanizada como la de las mismas ciudades. Prácticamente toda la Humanidad vivirá dentro de las ciudades.

Y, ¿cuáles serán las funciones de estas ciudades del futuro? ¿Serán más ciudades de ocio que de trabajo? ¿Serán ciudades con unidades de convivencia más logradas que las actuales? Estas y muchas otras preguntas nos plantea el problema de la perdurabilidad de las ciudades. Pero para vislumbrar algo en este futuro incierto será necesario partir de las funciones reconocidas a las ciudades contemporáneas.

La Conferencia Internacional de Arquitectos Modernos (CIAM) reunidos en Atenas en 1933 proclamó la conocida Carta de Atenas, que viene siendo considerada como el Evangelio del Urbanismo contemporáneo. Los problemas fundamentales de la ciudad que plantea dicha Carta urbanística son: vivienda, trabajo, circulación, cultura, de cuerpo y del espíritu.

MAYER-HEINE afirma que la circulación es una función distinta de las tres necesidades elementales de la vivienda, el tra-

bajo y la cultura. La circulación, más que un factor positivo es un factor negativo de la actividad social, pues supone pérdidas molestas que conviene reducir. En definitiva, llega a una clasificación mucho más pormenorizada y compleja de la que hago gracia, pues difícilmente pueden igualarse en claridad y contundencia a los cuatro problemas básicos de la Carta de Atenas.

Para la cultura, el trabajo y la circulación existen especialidades y especialistas, y cualquiera de estos temas sería por sí solo lo suficientemente atrayente, no ya para montar una conferencia, sino todo un curso.

Sólo voy a fijarme en un problema fundamental en la actualidad; es el problema del *habitat* y de la vivienda.

La casa es la célula base de toda convivencia urbana. La casa evoca a la familia. En otros momentos históricos, quizá la necesidad primordial de la Humanidad era remediar el hambre. Hoy, afortunadamente, en la sociedad occidental, el hambre como problema social ha desaparecido y, entonces, cobra vigor (como primera necesidad de la sociedad urbana de hoy en día) el problema de la vivienda.

El problema de la vivienda es de una envergadura económica fabulosa. Parece ser que de todas las inversiones en capital fijo de la sociedad occidental, alrededor de un 50 por 100 de las mismas se destinan a resolver el problema de la vivienda. Pero es que desde el punto de vista individual y familiar, también la vivienda implica una inversión económica importante, quizá la inversión más importante que en toda la vida de una familia ha de realizarse. Por ello afirma ABRAMS que «la familia de un trabajador negro en Nueva York y la de un emigrante en Caracas pueden tener un aparato de televisión, pero no pueden proporcionarse una casa decente», «desde Harlem al Congo, desde Perú al Pakistán, el trabajador urbano puede comprar más fácilmente un Cadillac que una buena casa». Por supuesto, el coche es más económico que la casa y el coche es más el símbolo de una libertad que de una promoción social. MAYER-HEINE afirma que las casas de muchas familias no aseguran siempre la intimidad, por lo que el coche supone una puerta



de escape a la intimidación que la vivienda inadecuada no asegura. Pero no cabe duda que un Urbanismo con viviendas adecuadas, parques y distracciones cercanas, hará perder grandes atractivos al automóvil.

Precisamente por esto en las ciudades hoy las clases más pudientes buscan, cada vez más, viviendas complementarias en el medio rural para el *week-end* o el veraneo. Casas que no pueden ser ya estimadas como un lujo, sino como un elemento del conjunto-residencia necesario al hombre.

Pues bien, frente a estas dificultades de viviendas suficientes y adecuadas, y frente al fenómeno de que la población está creciendo más rápidamente que la posibilidad de alojarla convenientemente, el Estado ha tenido que salir a la palestra ante la imposibilidad de contemplar pasivamente este fenómeno. El Estado, pues, interviene y MESSMER asegura que la construcción de viviendas «constituye una de las primeras, si no la primera, de las obligaciones de todos los que tienen una responsabilidad con respecto al bien de la familia».

Por otra parte, FISAC afirma que «la vivienda es un problema familiar, es también un problema político, social, técnico y hasta me atrevería a afirmar que de conciencia... El Estado está llamado a resolverlo de manera subsidiaria, pues se le plantea dicho problema de la vivienda precisamente a los ciudadanos menos capacitados, económica y culturalmente, para encontrar una solución».

Y en efecto, en España y en la mayor parte de los países europeos, del 45 al 55 por 100 de las casas últimamente construidas han recibido auxilio público en forma de subvenciones o créditos. En Francia esta ayuda ha llegado hasta el 91 por 100 de las viviendas de clase media, y a una cifra parecida del 90 por 100 llega la ayuda estatal en Irlanda.

El problema es de una magnitud colosal. Ya hemos dicho que según los cálculos de DOXIADIS, de aquí al año 2000 han de construirse tantas viviendas como las construidas hasta ahora desde el principio de la civilización urbana hace unos seis mil años. Esto se debe a la eclosión demográfica apuntada; pero también muy fundamentalmente al fenómeno irreversible de la ur-

banización de la sociedad contemporánea. La gente llega en masa a las ciudades abandonando el campo, a causa del subempleo o escasa demanda de mano de obra que ofrece el medio rural, pero también en busca de un ambiente social que consideran preferible y por las mayores perspectivas de confort. La urbanización y su contraria la desruralización, son procesos actuales que no deben ni pueden detenerse (GARCÍA BARBANCHO).

A pesar de la fabulosa expansión económica que estamos atravesando, la intensidad de la demanda de viviendas es tan poderosa que desborda toda capacidad de la oferta (COTORRUELO). Las viviendas son cada vez más caras y no sólo por razones de mayor confort, sino que también influye en esta carestía la industria de la construcción que, a diferencia de las demás, no ha experimentado el mismo índice de incremento en su productividad. Si bien se está empezando, aún no está muy generalizada la posibilidad de hacer viviendas en serie ni se han podido normalizar las unidades básicas de la construcción. Y si a esto se une que en la industria de la construcción predomina el factor mano de obra, cada vez mejor retribuido, ello explica con creces la carestía enorme de la vivienda de hoy en día.

Aún no hemos apuntado otro factor decisivo. Es la carrera de especulación del suelo o solar urbano que llega a duplicar el costo de las viviendas de manera totalmente abusiva, si se considera que el coste de la urbanización de mejor calidad en España sólo puede repercutir unas 300 pesetas en metro cuadrado.

Todas estas razones abundan en la idea antes apuntada de la inexcusable intervención del Estado y los Ayuntamientos para la solución de este problema vital de la convivencia urbana. Piénsese que si bien la casa está destinada a satisfacer una necesidad del individuo o familia, la convivencia urbana exige para su establecimiento medios que sólo la colectividad puede ofrecer para su acoplamiento: redes de agua, de electricidad, de gas, de calefacción central, de teléfono, de recogida de basuras, dejando de lado a otros servicios también indispensables como las escuelas, mercado, policía, hospitales, etc.

Para la perdurabilidad de las ciudades hace falta la inter-

vención de los poderes públicos para que las viviendas puedan construirse en masa o en serie y sean económicas.

Hace falta la intervención de los poderes públicos para que las viviendas se construyan en un ambiente urbano apropiado respetando la noción urbanística fundamental de la densidad adecuada de construcción por lo que respecta a las distancias y alturas estimables. A este respecto es original la solución de LE CORBUSIER con sus *cités radieuses*, donde concentra en un solo gran edificio a todo un barrio, pero como respeta la densidad de construcción, resulta que cada edificio está rodeado de un amplio parque.

También es necesaria la intervención de los poderes públicos para evitar los suburbios, las favelas, los ranchitos y demás hacinamientos espontáneos que surgen allí donde no hay un urbanismo adecuado.

Hace falta que los poderes públicos creen un dispositivo crediticio especial, puesto que el crédito ordinario sirve normalmente a operaciones a corto y medio plazo, y no se acomoda consiguientemente a las exigencias de la industria de la construcción, que tarda en realizar sus productos mucho tiempo.

La intervención del Estado en el sector de la construcción ejerce además el conocido efecto multiplicador keynesiano sobre todos los demás sectores productivos y especialmente en la política de empleo. Un viejo aforismo francés dice que cuando la construcción marcha, todo marcha. De todas formas, es curioso observar cómo la URSS ha relegado las inversiones en vivienda (a pesar de su situación angustiosa en el sector) por estimar que estas inversiones son de naturaleza social, y que debe darse primacía a las inversiones que produzcan un rápido crecimiento del equipo productivo. Esto quiere decir, en definitiva, que la construcción de viviendas debe ir paralela al avance en el proceso industrializador, a fin de no procurar desequilibrios como los que se produjeron en España en la época de expansión de 1961 a 1964 en que se programaron 577.000 viviendas y se sobrepasó grandemente el volumen de inversión, puesto que se construyeron casi 200.000 viviendas más.

En fin, habría que retocar la mentalidad existente en ma-

teria de propiedad, posesión y arrendamiento. En España se construye una vivienda para la eternidad; esto es, para la familia actual y para las generaciones sucesivas de sus descendientes. En América la mentalidad ha evolucionado considerablemente, pues se suele estimar que una vivienda está amortizada a los veinte años y entonces se piensa seriamente en su reemplazamiento o al menos en transformarla y reequiparla. Pero para esto hace falta mucho tiempo, pues la mentalidad de las sociedades no se transforma sólo por decisiones políticas ni por sabias leyes.

Por lo demás, el problema de la vivienda va a agudizarse de tal forma en los próximos años que, junto con su *entourage* urbano, constituirá la preocupación principal de la ciudad contemporánea.

## IX. CONCLUSION.

Una vez llegados a este punto sería oportuno hacer una recapitulación de las diversas ideas que he expuesto en torno a esta Revolución y perdurabilidad de la ciudad que está produciendo el cambio social más radical que jamás ha sufrido la Humanidad. DOXIADIS estudia el desarrollo de la ciudad a través de su teoría de las quince esferas concéntricas. Las últimas son la dinamópolis, la metrópolis, la megalópolis y la ecumenópolis. Las tres últimas son las ciudades del futuro, muy especialmente la ecumenópolis que será una ciudad por cuyas calles podrá darse la vuelta al mundo. O como dice el Centro Ekístico de Atenas, se llegará a la fase de ecumenópolis en el momento en que las principales aglomeraciones del mundo se hallen unidas entre sí por una red formando una ciudad universal.

Todo ello a salvo de que no seamos capaces de salirnos de la Tierra y crear ciudades allende el cosmos exterior, pues todo es posible con las comunicaciones interplanetarias.

El tema de la Revolución urbana y de la perdurabilidad de las ciudades en el futuro, no debe interpretarse pesimistamente, sino más bien como un síntoma del «exceso de vida» de la sociedad contemporánea. Hay exceso de vida, exceso de huma-

nidad, exceso de todo lo que significa la prodigiosa vitalidad. Y para que esta vitalidad no degenerare es preciso profundizar en los estudios de las ciudades del futuro. Sólo así seremos capaces de afrontar la nueva era que se aproxima y que para mí es la más apasionante y humanística de cuantas han existido en la historia de la Humanidad. Y pienso con optimismo que será para nuestro bien y, sobre todo, para el bienestar de las generaciones futuras. ¡Que así sea!

